

Jorge Aulicino



JORGE AULICINO
ESTACIÓN FINLANDIA

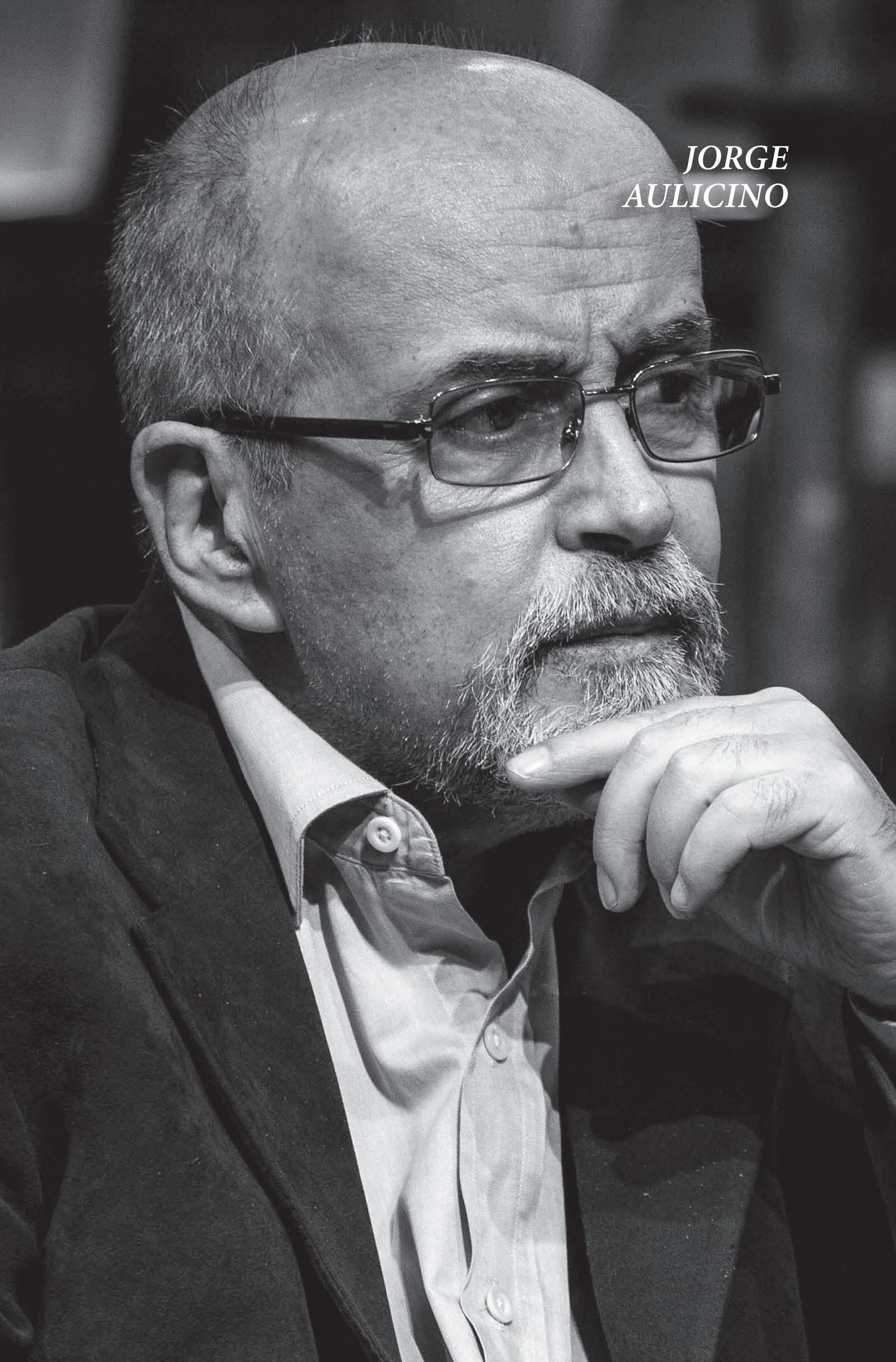
JORGE AULICINO

ESTACIÓN FINLANDIA



Colección
Lima Lee




JORGE
AULICINO

Jorge Aulicino

Buenos Aires, Argentina.

Integró en 1970 el grupo y taller literario "Mario Jorge De Lellis" y fue parte del Comité de Dirección de Diario de Poesía en 1980. En 1969 publicó Reunión, pronto le siguieron Mejor matar esa lágrima (1971), Vuelo bajo (1974) y Poeta antiguo (1980). Trabajó en agencias noticiosas y en distintos medios gráficos. Es subdirector de la revista cultural Ñ, de Clarín, diario en el que fue además editor en las páginas de Cultura, Arte, Sociedad y Ciencia. Tradujo a Cesare Pavese, Pier Paolo Pasolini, Guido Cavalcanti, Dante Alighieri, Ezra Pound, Marianne Moore y Frederick Seidel, entre otros autores. Otros de sus libros de poesía son La caída de los cuerpos, Paisaje con autor, Hombres en un restaurante, Almas en movimiento, La línea del coyote, Las Vegas, La nada, La luz checoslovaca, Hostias, Máquina de faro y Cierta dureza en la sintaxis.

Estación Finlandia

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Ambar Lizbeth Sánchez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

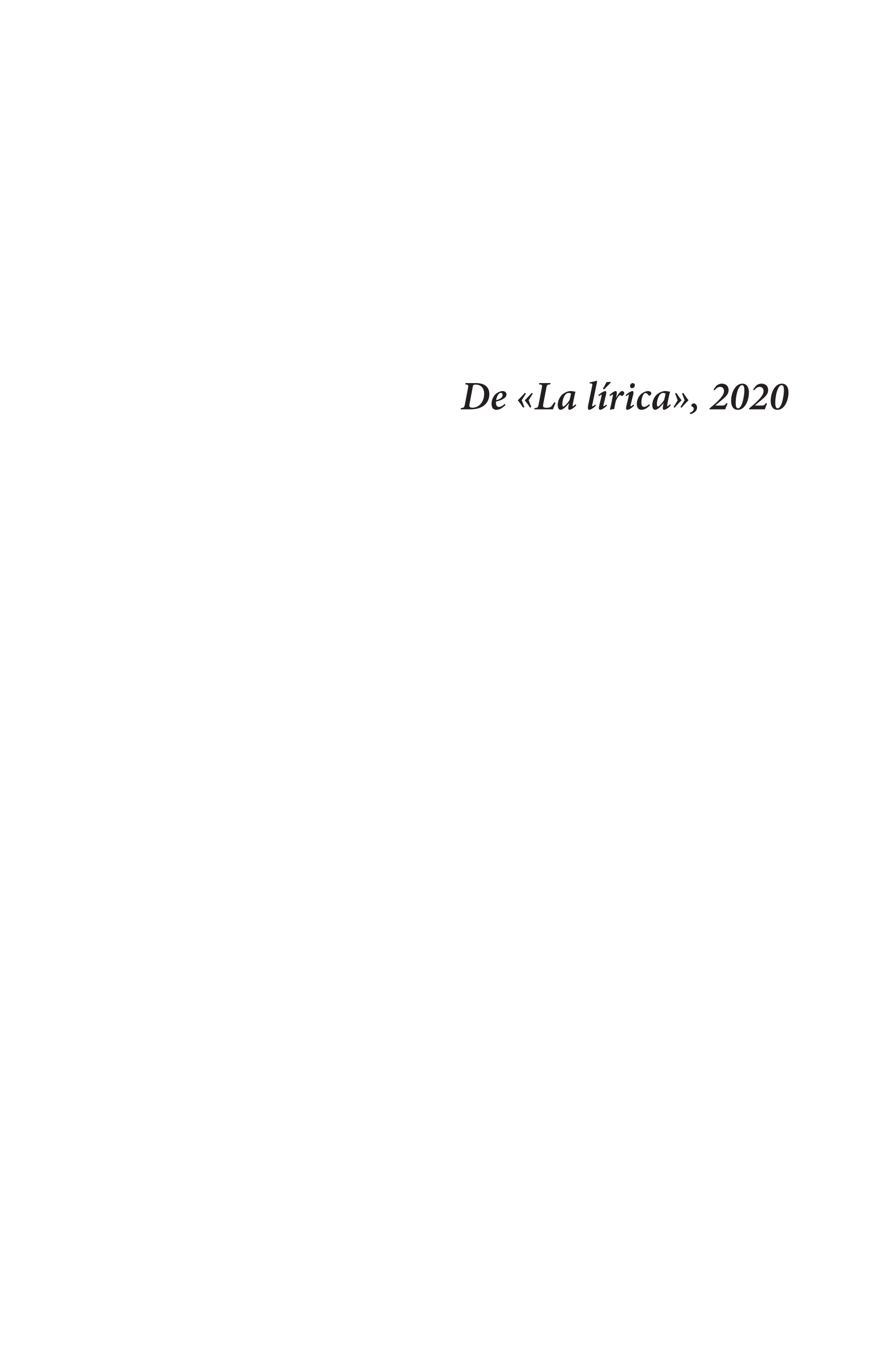
La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



De «La lírica», 2020

Li Po

Li Po no quiso hacer poesía de la corte
cuya proliferación de dorados y rojos lo habrá embriagado.
El innombrable despliegue de artesonados y trajes,
la imposibilidad de memorizar los detalles
de solo un atavío, conducían a la locura.

Fue a la montaña y se encontró con un paisaje
de barcas sobre cristal,
copas que destellaban como los rubíes,
el vuelo de las garzas y el de los sombreros,
la carne que no podía ser dicha,
el espectro de Tu Fu entre los altos pinos que cantaban
una canción irreal.

Bosques y laderas le recordaban
el musgo sobre las piedras
de los jardines imperiales, esa naturaleza en miniatura.

Li Po vio
que no podía escaparse de inverosímiles escenarios,
ni de las artes marciales y el arte caligráfico.

Fingió una perenne borrachera y mezcló elixires,
jamás supo si estaba dentro o fuera de sí,
en qué consistía la lírica.

Le Pera

La muerte siempre enmarañó las cosas,
de manera que perder no es puro, sino oscuro
paisaje del que seremos siempre culpables.
Pero de aquella imaginaria criatura extrañaba
el flujo de sus manos, blanco como una lechada bajo la luna,
sin remordimientos, sin culpa, una pura nostalgia de risa
que hacía estallar las cosas, de modo
que la *lágrima embozada* que iba sigilosa y compuesta,
urbana y hosca por la Quinta Avenida, quizá
una tarde lluviosa, un domingo, era
la única sobreviviente de un mundo en el cual todas
   las ciudades
se habían hundido entre humo y música raída de vitrolas
y ruidos sordos en el fondo de los bares.
La vergüenza de haber sido ocupaba todo el espacio de
   las calles
abandonadas por millones de habitantes
presurosos y pálidos.

Una carta frustrada por su peso

[de Lugones a su confesor]

Lidiar con la parte oscura
        fue parte del asunto.

No lo hice de modo profesional, sino al tuntún
con bajo resonar de tambores,
como si una sombra se adentrara en el fuego.

Al tipo lo fusilan contra su sombra, no lo sabe
porque la sombra es ocultada por las grandes plantas
de su pensamiento, hasta
que llega a la pared húmeda en la que encuentra escrito
su nombre, que no recuerda haber escrito
porque tampoco recuerda esa pared húmeda
con dibujos marinos que le infieren el musgo y los líquenes.
No la recuerda, pero le está destinada.
La parte oscura se ha hecho su propia vida cerca de la pared.
Hay un relámpago cuando el hombre llega
y esto le permite ver a su sombra, acurrucada como un demente

del manicomio entre palmeras reales e imaginarias,
o como un miserable que duerme en la calle.
Se agacha frente a ella
y le dice: Volvé hacia las ventanas ciegas de luz.
La sombra no habla, alza sus ojos pobres hacia él,
le da a entender que eso no depende ya de su voluntad.
(Disculpá estas súbitas imágenes, me vinieron a la mente al hablar de la sombra.)
La parte oscura ha lidiado con nosotros, más bien.
Nos ha querido decir que las más delicadas construcciones
de la ciencia tocan a su fin, todo ahora es gutural,
hasta los cálculos, y no tiene esa delicadeza mórbida
de los grandes cuentos raros; de las *fuerzas extrañas*.
¿Me creerás que todavía pienso en la función del punto y coma?
¿A quién podría importarle eso?
Tampoco a nadie le importa la sombra
que se inclina sobre nosotros
invisible,
más silenciosa que un velero,
con dientes pálidos,
orejas blancas,
sin temor y sin pasión,
y que no queremos ver ni oír
hasta que la encontramos en aquel viejo jardín
detrás de la montaña de flores ya podridas

no pidiendo rescate, sino hablando del mundo hundido
en los planisferios, los pasillos de la Bolsa...
¿Pero quién podría desarmar todo esto?
Son ya milenios de alfombrados, de rabia, de objetos de oro o titanio,
de colmillos de elefante, de olor a axila disimulado por
el perfume denso... Olor de animales en el tálamo.
Son siglos de construcción de objetos.
¿Quién podría escuchar a la sombra?
¿Qué mascarada sería presentar a la sombra en sociedad?
—Debo dejar aquí,
te debo una explicación más calma.
Será otro día.
Ahora es dulce estarse junto al río
que trae a este verano un frescor que le es ajeno—.
—Debo dejar aquí,
te debo una explicación más calma.
Será otro día.
Ahora es dulce estarse junto al río
que trae a este verano un frescor que le es ajeno—.

La vacuidad del domingo a la noche

La vacuidad de los sillones, de las bibliotecas
destinados a simular otra vida, de meditación y lectura,
se hace ahora profunda, hasta confundirse con la oscuridad.
Sobre todo, esa lámpara, junto al escritorio, brilla gracias
al abismo; en el abismo es un rastro de presencia humana
tanto más íntimo que si todo allí trasegara una música honda.
Marea la intimidad a este hombre poseído por el poder
y sentado ahora, vestido con ropa deportiva, tras su escritorio.
El asunto que lo ocupa está muerto, la gente ha muerto, él mismo
murió para sí mismo. Sabe que no posee en rigor nada
salvo esa inabarcable sed de poder que el poder alimenta.
Lo sabe porque es domingo, es de noche y está por apagar
esa lámpara. Sabe que no apagará con ella los días sucesivos,
el lunes, los aeropuertos, las citas, la fornicación, sus lápices,
la voluptuosidad de las oficinas vidriadas, las órdenes breves,
el sobretodo liso, dócil, el armado de un negocio en un ascensor:
todo lo que llena el vacío, lo que deleita y extiende
esa sed de poder que el poder alimenta. Algo, visible
pero a lo que no puede dar un nombre, le dice que la verdad,
el domingo a la noche, es de las cosas muertas, del dossier
que tiene sobre el escritorio de su casa cuyo contenido

no le importa: la carnadura de verdad que tiene, porque
ha muerto, es lo que le importa. Mientras su mujer se acuesta,
en otro sitio de la casa, él está a solas con un latido
de civilización rendido. Está con algo que no es él
y lo contiene. Está con algo que no quiere ser. Porque
ese otro, el del deleite matinal, semanal, consuetudinario,
si no es él, lo representa. El silencio y las bibliotecas
destinadas a no ser, a representar, de hecho, miméticas,
pues no son antiguas bibliotecas ni los sillones nacieron
de un antiguo estilo, sino de su imitación, ahora viven
el papel que debían solo fingir —evidentemente actuar—
y lo hacen demorase: la lámpara, el claroscuro, el silencio,
incluidos. No siente ninguna angustia. Mañana matará
y será enteramente. Mañana, en los despachos, con la sed.

Luce, calma et volupté *

El hombro desnudo de una mujer es lo único impúdico
en el restaurante, pero nadie lo ve, excepto un hombre que
   tiene el pelo nevado
y un corazón que se aleja cada vez más de la simple
   simulación de la vida.
El resto son conversaciones que no tendrán memoria.
Ni siquiera los hombres en esa mesa, alrededor de la mujer,
recordarán las palabras, pero tampoco ven
la lúbrica atracción del hombro desnudo. Para el hombre
cano es la única galaxia en el local, como aquellas
hacia las que vuela su corazón. La mujer no está probablemente
más que a la altura de sus acompañantes, que visten camisas
claras y se ven desenvueltos y tostados. Es verano
y el hombro de la mujer es lo único blanco, puro, aunque
   sean claras las camisas.
Esos hombres distendidos hablan de negocios
o de fútbol, con tranquilidad de quien está de vacaciones.
Ella no es más que portadora. Su cabeza limitada a la de esos
   hombres
nada importa. El romanticismo ha invadido las venas
del hombre cano. Sabe que eso es perdición.

Que yacer junto a una galaxia casi sin pensamiento
es la perdición de cualquier hombre. Salvo los que no ven
   la galaxia,
   sino el sexo húmedo y fresco.
Esos hombres no tienen ya idea de la demoledora belleza
y su vacío ensordecedor.
Pero el hombre cano se ha ido hace tiempo.
Ya nada perdería con dormir junto a la galaxia y su sexo,
una noche y otra, y desayunar sin hablar,
y cenar solo, como ahora, en el restaurant.

* Henri Matisse, 1904

De «Un poeta griego huye de Londres», 2019

Romanza del viejo a quien solo visita el delivery en Lodz

¿Qué sería de mi vida si esta noche
no sonara el llamador del portero eléctrico
y no oyera una voz que dijese «delivery»?
Y detrás de ella el rumor ya casi apagado de la calle,
y más allá intuyese mi mente
el temblor de unos árboles desplumados
o se engañaran mis oídos
creyendo oír las voces de los albañiles,
ya muertos,
que alzaron esta ciudad,
riendo o maldiciendo
bajo el sol,
y creyera oír, asimismo, el traqueteo de la maquinaria
en los abandonados galpones de la industria textil.
Porque todo eso escucho en la voz que dice delivery
aunque cuando baje solo vea a una niña con casco de ciclista
o los ojos brillantes de un motociclista
ensombrecidos por el casco que no se quita
    como si fuera un antiguo soldado del Reich.

taberna, al este —creo— de París, mueve su tableta
efervescente en el agua de un vaso
después de la borrachera,
mientras miro las vetas de la madera en mi mesa
sobre la que he esparcido sin quererlo algo de sal.

Un formalista ruso lee a Rubén Darío

cuando quiero llorar no lloro
Rubén Darío

He visto cómo del marco nacen reflejos que hieren
el sentido final;
he visto cómo la estructura llamada básica se
convierte en el contenido de la forma;
cómo la ventana es el todo y la nada;
el flanco de una mujer, el absoluto.
Sobre mi mente volaron a menudo el yin y el yang
interrelacionados en conflicto, alejándose
como cuervos oscuros de sí mismos
acercándose silenciosos como anémonas.
En el fondo del acuario el pez muerto
me produce una piedad que me hace sentir falso
y desata mi llanto, aunque no quiera y me repito:
«no es por el pez que lloro,
no es por él, no es por
el pez».
Y no sé por qué lloro.

Lord Byron se duerme en el subte a Wimbledon

Si el vecino de abajo
me oye en el baño cuando canto o murmuro para mí,
debe imaginar una vida hecha de pedazos
y sonidos dispersos,
como efectivamente es la mía.
Y así son estas imágenes recortadas nítidamente
ante mi vista pero que sobreviven instantes:
el tatuaje de una espada y una rosa, una
mujer que se sienta con las piernas separadas,
una gorra roja,
unas manos que rompen un envase
de plástico y obtienen un sándwich de pollo,
una cabeza con auriculares,
un turbante percudido,
un adolescente de mirada bovina,
dos lunares, uñas que emergen en un par de sandalias,
un kimono.
¡Ah eternas ciénagas de Missolonghi! ¡Campamento* de rufianes
y gritones de taberna,
tan inútiles,

pequeños y patriotas!
Has sido, para mí, un buen sepulcro.
Esta ciudad tiene solo mi esqueleto vacío:
mi corazón se secó entre los bárbaros.
The land of honourable death, finalmente.
Y mi cuerpo en este vagón que lleva a los confines,
igual que un catafalco.

* George Gordon, sexto lord de Byron y una de las figuras más notorias del romanticismo inglés, murió en 1824 en la ciudad de Missolonghi, a la que había llevado dinero de un comité pro-financiamiento de la causa griega contra los turcos. El aire malsano de los pantanos circundantes lo derribó en poco tiempo y vio frustrado, por la incompetencia y la corrupción de sus adeptos, el intento de formar un regimiento de artillería que asaltara Lepanto.

De «El río y otros poemas»

27

[De Manuel Belgrano a Ildefonso Ramos Mexía,
el 20 de junio del 20]

Eximo gobernador, querido compatriota, buen
legista: estoy de últimas, lo cual significa que,
en cierto sentido, estoy de vuelta.
Me has querido y me perdonarás
ahora esta carta imaginaria:
de todos modos, mi acto fue simbólico y verán,
o, mejor dicho, mañana verán, en los traspatios,
en las veladas de vino untuoso, en el descerrajar
los disparos que hagan falta de aquí un siglo, dos,
verán, digo, hermano, si fue posible, necesario,
y lo verán en las luces vacías y resonantes
de los crepúsculos, en el pliegue de unos labios,
en el desdén, o en la mano que de pronto
cae entre las dos rodillas, incluso
en las placas de bronce y en los libros
de actas, sellos, cuestiones de Estado,
cambios de ministros.
Verán, verás, Ildefonso, en años y siglos,

que mi acto fue simbólico, también imaginario,
pero político, militar y religioso,
como cualquier acto humano,
pues si imaginé la enseña de esos colores fue,
como se dirá, y se dirá muy bien,
pensando en los cielos de estos desiertos,
el manto de la Virgen y el pendón de los Borbones.
Un pacto, como todos nuestros actos —la guerra
también es un pacto, Ildefonso, lo sabes—.
Verán —no fui poeta, excepto si es poesía el
comprender
el cielo natural, la Virgen y las polis en un solo
movimiento— cómo lo hice; y si miraba ese río
que no tiene parangón, en —diríamos—
un movimiento quieto,
y aquellas barrancas, y quizá una nube, vaya a saber
-pues confundo memoria con recuerdos-, tenía
bajo las botas pastos aplastados que presentían
ese lodo de lluvia, de alcantarilla,
de demolición y troje que tan bien conocerán
los charcos agroindustriales,
los territorios frigoríficos y el puerto.
Sabrán que estos parajes son demasiado vastos.
La agricultura será voraz. La industria quemará

el río y aun así no habrá justicia, habrá olor a vino
en la ropa, mal mirar en las cantinas, y ese mosto
que nos perseguirá como una constelación.
La pampa, el desierto, no estará nunca gobernada.
El grano se ahogará en veneno. Bailará un diablo
con crenchas. Se mirará sin mirar en los fogones.
En las ciudades, una calle llevará mi nombre,
pero no el de mi batalla, el de mi piara carnívora,
el de mi agonía, el del lejano celeste sin historia
al que amé como a una niña que me causó dolor.

Ezra Pound sentado en las escaleras de la Dogana

Sentado en las escaleras de la Dogana,
sentiste el mar y sus múltiples negocios,
la imposibilidad de enumerar ventas y pájaros.
Esa cercanía con lo innumerable mueve
a iluminar las cosas y compararlas
como quien subraya con grueso rojo o azul
en unos libros de cuentas, o
alza reliquias hacia la luz, o sopesa la carne.
Aquí hay olor a folios y sello, cera y brea,
al cemento agrio cubierto de guano
que sobrevuelan las gaviotas,
seres de mirada honesta,
sin escrúpulos para comer
carne o basura.
Todo lo procesan. Todo es tráfico, de algún modo.
En el arsenal de los venecianos la pez arde todavía.
Lo abstracto se hace material en Venecia
o en cualquier puerto, pero más en este que ya no es.

Símbolo o signo, trofeo en la pared cada pieza de a ocho.
Navegación hay detrás de la moneda,

el duro olor de las letrinas,
shithole en el que se mueve y huele el interés,
lobos de mar y focas, acantilados y habitaciones de madera,
los fusiles de chispa y el negro cuero del caído en la estepa.

De «Mar de Chukotka», 2018

[Mito VII: El hielo]

Solo mi mano tendida hacía ti, doctor Frankenstein,
cuero pálido, un pedazo de papiro sin musgo ni río,
mi mano, una torpe posibilidad, una tormenta apagada,
bruma ocre o un gallo muerto en la grisura de un invierno, en el barro.
Expiraste en los camarotes de Walton y exististe, si exististe,
en lugares así, sentinas, corredores, túneles, el ático, los techos
a los que subiste a buscar el rayo. No tu sonrisa respetada,
tus amables gestos, tu labia. Un fantasma fuiste
y fuiste nada, y me hiciste de pedazos, como son todos los hombres,
de ciudades al garete, de la Atlántida, de un naufragio,
de alcantarillas y ratas, me hiciste como Robinson su casa,
con restos, con el azar de los pedazos.

Te traje hasta el polo con un reguero de sangre, crucé Europa, la vi hundirse,
para que vieras que, si Dios ríe en algún lado, ríe aquí, como lo vio London,
en el inmenso hielo, donde las figuras desparecen, donde la bruma hace probable
que tú seas una sombra y yo la sombra de una sombra. Y nunca nadie
haya sido nada, sino gotas sobre una hoja, sino ojos vistos en el mar.

*[Aspera ad astra: **Sócrates**]*

Te costó sentarte por fin en el patio trasero
donde de la Vía Láctea solo ves unas astillas
y mayormente es gris el cielo,
octubre es el mes que preferías,
cuando los pájaros, los que sean,
se lanzan al patio como a un embudo y pelean
las cáscaras, las migas, las más chicas, alrededor
de tu silla. Sócrates, anciano, tu sabiduría
previó la vuelta completa, el blanco de una página
como el fin y el comienzo
en los que todo se escribe
y todo se borra
y se escribe y se borra todo de nuevo,
pero no la rueda a menudo trabada,
toda esta lentitud, la demorada
consumación,
la lejanía creciente de los astros
y ese sonido, ese crujiente travesaño.

*

[William Carlos Williams]

Soy el intelectual más prestigioso de la cuadra.
Querría tener un De Carlo 1960 para estacionarlo
frente al Hospital de Infecciosos, donde pudiera verlo
desde la ventana trasera de mi departamento,
los asientos atestados de libros y bolsas de suero.

El De Carlo es blanco como la ballena,
como mi heladera.
Todo flota
   lejano y fascinante
         en esta hermosa ciudad.

*

[Ahab]

¿Qué hiciste de tu vida, muchacho?
Me has seguido sin que te ofreciera nada
excepto una moneda clavada al mástil
y un rito. Sabías que la vida,
contrariamente a lo que afirman en las tabernas puritanas
no pasa la cuenta, no reclama:
todo está sujeto a las mareas de tu libre hacerte o destruirte.
Por eso he preferido el demonio,
así sea un demonio blanco en mares cálidos.
Como si hasta allí hubiese navegado el ártico y nosotros detrás.
Lo he dicho: percibí su blancura como una injuria,
como un muro detrás del cual puede no haber nada,
pero qué importa.
La nada que ocultaba no era el objetivo: el objeto era
el propio límite blanco.
Quise destruirlo con mi mano, yo que hubiese golpeado
el rostro de Dios si se interponía.
No el gozne, no la grieta: el golpe.
Y atado al arpón por el hilo de algún nervio,
soñé deshielos, despeñaderos, la catástrofe como política.

Mas no resultó, tú, el que se deja llamar Ismael,
estabas ahí para dar fe,
escriba del vacío de una testa
y de una cicatriz real,
desde la ceja a la femoral.

De «El Cairo», 2015

Firmeza de Cristo en la materia

El incienso encendido en la crisis energética.
La ciudad poblada de parches de oscuridad.
Él arde otra vez, vuelve a nacer, coronado de inmundicia.
Basura sin recoger. Gente que grita soluciones torvas de un lado
al otro de una mesa llena de copas en las que el óxido del año
comienza a actuar. Un largo silbido de aire caliente arremolina envoltorios
sobre la mesa. Saben de qué hablan. El templo otra vez, disputado.

El incienso has encendido en tu casa a solas, después del nacimiento,
luego de las multiplicadas reuniones de símbolos: los hijos
a punto de partir; los padres y tíos que envejecen; el poder
que los mella hasta en ese vacío de Cristo en el que nace Cristo otra vez.

¿Te acordás cuando tiraste al griego por la ventana?
Cayó encima de un florista. Te acordás de Raúl.
Ninguno puede recordar el nombre de su bisabuelo.
Esto nos diferencia de la oligarquía, Señor, para mal.
Porque es como si esta tierra no fuera nunca nuestra.
*No tienen vino**. No tenemos peces. No tenemos más que esta vacía
celebración de Cristo nuestro Señor, sin Cristo y sin Señor,
y aun con Cristo, y aun con sombras de perjuros, en substancia.

Y bajará en este año, como en los otros, hasta tu incienso solitario,
bajará a las paradas de colectivos, los subterráneos, el super.
Bajará y declinará con el año, sucio al fin, crucificado.
   Otra vez comeremos de su carne y su sal.
   Comeremos su espíritu.
Lanzaremos voces, sentiremos que la sangre se enfría en las ventanas.
Sentiremos que el cuerpo cae por las vidrieras, por las alcantarillas.
Sentiremos la ausencia de Dios hasta que nos revienten los oídos.

* Las bodas de Caná, Evangelios

Roja

a Romina y Mariana Aulicino

Esta tarde de domingo no podés esperar nada del cielo.
Las calles del Abasto rezuman olor agrio
con el calor de horno grasiento de diciembre.
Rojas en el pequeño teatro se desnudan tres mujeres.
Dos nenas en el borde del escenario aúllan débilmente
tras unas pequeñas máscaras de lobo.
Todos los bosques que viste, los bosques implantados
en la costa argentina, los bosques nevados
de Sajonia verdaderos no amparan sino cuentos
que no se pueden contar sino de otra manera.
Aquí, en el caluroso teatro, entre casas sórdidas
del Abasto, las nenas emiten el pequeño aullido de esos cuentos,
y las mujeres florecen al amparo de un lobo que les ha contado
el cuento de mujeres florecidas, mientras come rosquitas
y las migas saltan de entre sus dientes. Ah ellas ya no creen
en la cultura paterna ni creen en la maldad del lobo,
un tilingo que mastica y cuenta cuentos. Pero hay un violín:
el cálido violín de la abuela cuenta el cuento mágico verdadero.

No sabremos de qué nostalgia habla. Pero dice de alguna nostalgia
de un lobo que es lobo y es abuela. Y que no necesita palabras.
En el borde de un oscuro escenario, en una ciudad que hiede,
las mujeres realizan el sueño banal de la inocencia desnudas
y vestidas siempre de rojo, como capullos bastardos,
con vulgar lingerie de sex-shop. Y aun así aúllan débilmente,
como nenas con máscaras de lobos, en el sometimiento
a un lobo que no es feroz, sino un idiota.

Saint Germain des Prés

El viejo temor. En una iglesia de París
encendí una vela y no supe —aun con mi más
ferviente deseo penetrando mis huesos,
como el frío entre aquellas piedras medievales
si podía creer, si me era dado creer, si mi fe era cierta
y aceptada. Eran indescifrables los labios
de la Virgen en aquella piedra tan gastada.
El viento, no el de ayer, no el del Quinientos,
un viento frío de hoy —aunque puro en cierto modo,
o puro contra todo— apagó una vela. Creí que era
mi pequeño cirio, mi querido cirio, el cirio de mi deseo, rojo
en su cápsula de vidrio. Y aun creyendo
que había perdido todo, que la boca de Dios
o del Averno
o del siglo
lo había apagado,
lo volví a encender
con el mismo encendedor de plástico.
Y luego de rezar de algún modo, me di cuenta
de que no era mi vela la que había vuelto a encender,

sino otra, la de al lado, chamuscada, vieja, ennegrecida.
Fui raramente feliz y lo confieso.
Sin quererlo, había avivado otra plegaria,
un rezo desconocido, el rezo de otro.

La firmeza de la soledad en los manubrios

No necesito los anchos campos para oír la soledad poblada
—oír o ver, oler o palpar, un sentido debe dar cuenta de esto—.
Estás parada ahí,
tras un sillón, en un estrecho espacio, de espaldas a una ventana
de vidrios esmerilados. Recuerdo
y el recuerdo hace tu sombra más amable.
La diafanidad de los campos y los espectros tienen un raro vínculo.

Sustancial es esta ancha soledad en las motocicletas
estacionadas sobre la vereda.
Tarde de diciembre, 2013. Buenos Aires.
Sustancial en el agobio que siente hasta el sol estrellado
contra un cielo de celeste ardiente.
El desierto de gentes recorrido, de beduinos, de motociclistas sin raíces,
pero cuyas raíces portan el lejano partir de una embarcación cualquiera,
una chalupa guerrera, un barco al pairo, un petrolero.
Raíces imantadas de desierto de soledad y de palabras
que se recuerdan, que mitigan, que ahondan el fantasma.

Nadie escribe en estas paredes Viva mi madre. Nadie escribe la verdad.

El Cairo

En El Cairo buscamos el café en la calle del mercado
al que solía ir el Premio Nobel, un sitio detestable, la calle;
un lugar provisorio y ligeramente fresco el café,
con mesas cubiertas de hule, creo.
Un sitio detestable, provisorio y tan antiguo a la vez
que todo parecía estar ocurriendo el día
en que el hombre descubrió la mercancía.
¡Cornucopias, pasteles, panes frutados, especias,
vinos, telas, miel, ébano, madera, hojalata, esmalte, terracota,
tabaco! La abundancia y el ruido; el exceso y la plata,
el dorado y el narguile lento.
Sucios pies, sucias sandalias,
sucias camisetas, turbantes,
manos expertas en relojes de imitación,
en vituallas, en cajas, como acá.

Oh el valor de cambio cubierto sin embargo de ese otro valor
-no el número-: la variedad,
la abundancia, el excedente.

Nunca fue tan plena la realidad.

Uno y todo: el pálpito africano, el dinero metálico, sonante,
la textura del objeto, su color, la aceituna de sabor indescriptible, el dátil.

He aquí el café pues, cómo no entenderlo.
Un hombre no sería nada sin café y tabaco.

De "Libro del engaño y del desengaño", 2011

Parada en un palacio en ruinas

Es denso el rocío, la niebla cerrada,
espesa la maleza. Crecen ramas
en los balcones derruidos y sauces
en el foso seco. Pétalos marchitos
cubren los patios en los que no hay ecos
de la embriaguez y de las fiestas.
Canta el ruiseñor durante la quinta guardia.
Bajo la luna menguante, inconsolable,
pienso en el fin de existencias perfumadas.
Relincha mi caballo cuando salgo
por la puerta devastada.
El camino se ha borrado, pero no el paisaje.
Las obras de los hombres se están borrando.

Wen T'ing Yen, siglo IX

La clase

Desde las casuarinas en el jardín interno
y desde el clavel del aire sobre el emparrillado de madera
se desliza una sombra que cubre y abarca las paredes
de color desgastado, malva, una sombra
de antigua evocación, no tan antigua como lo que evoca,
y, aun así, profunda, ahondándose
en las líneas francesas
del edificio, sabiamente convivientes con la rusticidad pampeana:
distinguidos, rústicos ecos, de pasteles criollos y muebles importados
de una Versalles ya también extinta, componen finalmente
un concierto de grillos y mucamas,
de almidón y yuyo, de naranjos:
de un sabor bilioso, de condescendencia sin objeto,
de un cansancio.
La Revolución no había ocurrido nunca.
Francia era la cuna del *art noveau*,
que aquí se metamorfoseaba en gótico.
Gótico de la capital de la pampa.

Ese hilo de oscuros entramados se extiende por las fachadas desde el barrio norte a la Boca cuyas nieblas londinenses no huelen mejor que en Londres cuando el Támesis no había sido despojado del barro de siglos

de fajina portuaria. Ese hilo que hila titanes, camafeos, borlas, búcaros sobre edificios y casas de escaleras anchas en Barracas, en Montserrat, en San Telmo, cubría interiores de cortinados, ceniceros de bronce, bibelots, y hoy apretujados inquilinatos cuyas ventanas tapan cortinas verdosas.

Aquellas lámparas inglesas que alumbraban los desvelos
del patrón sobre sus papeles,
incorruptas, se alzan en la casa.
El asiento del sillón de cuero está agrietado.
Entre las casuarinas el aire de verano levanta
un olor ambiguo a pasto y excremento.
Alguien, en un cuarto, habrá maldecido
la lejanía de un hombro blanco.
Alguien se habrá masturbado, alguien murió.
La perplejidad de la clase abre la boca en la rugosidad
de la pintura.

Perplejidad cuando lo de Vasena. Perplejidad cuando lo de los polacos mete bombas. Había llegado Europa, había llegado el tren, la gorra, el abrigo arrugado. Habían llegado los fantasmas que recorren, fantasmas de presente y pasado. Había llegado la tinta roja, el gritón de la esquina, el verdulero, el hierro. No te olvides de mí, de tu Gricel, el gramófono para el vals y también el opaco brillo de Nabucco, el mundo fantasmal proletario encapsulado en la ópera.

Miro sobre estas paredes esa perplejidad augusta,
pampeana, soberbia, ignara.
La compadezco,
un algo de difusa intimidad, de precapitalista cognición,
de orden del mundo, de eternidad fundada en los ganados,
me repliega.
Cerca del emparrillado de madera, bajo las líneas francesas,
junto al olor de las casuarinas, canta el cantor en zapatillas
con huesuda voz aristocrática: *vos sos*
la ñata Pancracia... Han pasado cien años, un siglo, en el que cayeron
todas las líneas: la francesa, la inglesa, la italiana de posguerra.
Mis zapatos negros quizá delatan una estirpe distinta, canalla.
Y esta reunión como un rito se celebra sola, inadvertida, impensada.
Aquella sombra que me visita desde el aire del jardín trasero
se extiende en filigranas desde aquí a la Boca: a los edificios
públicos dormidos
en la noche de sábado, a las terminales de tren, a los techos,
las dársenas.
Su melancolía es pura.
El aire de fiesta estanciera la doblega.
Muere en mí, conmovida. Muere en el vaso perlado.
Muere en llanto de lo que no tuvimos, nunca, nada.

De « El capital», 2010

Estación Finlandia

Libertad es la necesidad conocida, Engels

Y sobre la precisión, y sobre el armado de aquella relojería
que implicaba vidas en las leyes de la historia, el viento de octubre
rugía. Sabés, no era el nido de la cigüeña ni el jardín de los cerezos
sino su luz, la que, derrumbándose, provocaba el desapego,
otra alienación. Ni de fraguas rojas como el cielo
era el porvenir en los ojos de ciervo de los nuevos obreros.

No era lo que se perdía, no. No lo que se ganaba.
Era todo torvo, metafísico, de uno y de otro lado.

Y sobre aquella vastedad del clima al que se abandonaba todo,
tu dedo desde el camión blindado.

No era el jardín, era su luz;
no era el futuro, sino su hueco.

«¡Todo el poder a los sóviets!», tu dedo.
No ha lugar a semiclimas. Este es el momento,
mañana será tarde, ayer era temprano.

¿Alguno vio que ese momento sagrado de la historia
—lo que va del ayer al mañana— era cimbreante vértigo?
O algo distinto al vértigo. Un momento de nada.
Hablando en rigor,
un momento ahistórico (ni los de arriba ni los de abajo
pueden vivir como hasta ahora).

Ciego, entraste en el hueco, sin voces. Y tras de vos,
el sóviet.
¿Qué sería ahora de la nueva asamblea? Una torsión en los siglos,
una extrema prescindencia, un cántico vacío, un oratorio,
un canon.

A partir de vos, la historia fue irreal. En cierto modo
—en un modo, en el único modo—,
dejó de ser historia. Fue de nuevo el páramo duro de la religión,
no humano.

En tus secretas charlas con Hobbes, resolviste la partida de
esta forma:
Si los dejamos librados a sus intereses, estos potros desnudos,
hambre y fusil,
van a la organización, al gremio, a la palabra hecha objeto:
salario, salario.

Nuestra luz, amasada en alguna comarca de la lógica, en un sitio
atestado,
revelará el destino que calzaremos como un guante de acero.
No pudo con tu cerebro tu cuerpo tártaro. Paralizado, mudo,
dictabas todavía cartas
al Comité Central.

Pero todo había cambiado ya: se organizaba lo rampante según
el dictado
de una máquina de acero que era imposible parar.

En los parlamentos europeos se veían las caras, cara a cara,
pero en el sóviet había caras tan despejadas de engaño que
apenas
conservaban el color del surco, la rojiza luz de los talleres.

Los hombres no fueron tratados ni como cosas: fueron tratados
como ideas.
Y todo el partido, toda la historia, se convirtió en ideológico erial.
Todo fue irreal, y tragó sangre, madres, olores,
el silencio sagrado del trabajo.

Coraje, Lenin. Borbotea de nuevo el alcantarillado de la historia.
Estos son hombres, estos son hombres, en las vacías ciudades nuevas.

Habemos hombres y chatarra. Hombres que saben de un modo confuso
de aquel intento de entender, en lucha cuerpo a cuerpo,
de qué son objeto.
Millones quedaron allí, en el descampado sin historia,
por entender la historia,
por cambiar la historia sin entenderla,
por trascender lo vano y lo nuevo.
Millones, por ser en la luz infecunda del cielo.
Millones por vos, por tu dedo señalando lo más privado de historia,
lo nuevo privado de historia: el poder de los sóviets.
La libertad.

DE «CIERTA DUREZA EN LA SINTAXIS», 2008

10

Te bastaba una ciudad coloreada por el guiño
de la tormenta, el recuerdo del abrojo,
de la flor de cardo que caía en el bochorno
como un solcito blanco, despreocupado.
Eso fue hace eones. Ahora intentás pactar.
Mirás a través del vidrio opaco del pensamiento
cómo flotan hebras del paraíso de la verdad.
Bajo la lámpara difusa en la trastienda de un taller,
tendido en el catre quebrado, hacés cuentas,
utilizás números fríos, solo sentís
la noche pulida que respira en la playa de estacionamiento;
y sin embargo te preguntás cómo decir:
cómo decir con sintaxis de varias manos
lo que ha captado el cuadro, o lo que ha el cuadro
construido; si no es una, a la vez sencilla y compleja,
razón de Estado: todo lo que está allí es otra parte:
las telas de los sillones, el empapelado, el abandono
y la atención simultánea del personaje recostado.
Esplendor y crepúsculo en este cuadro del final
del diecinueve que por razones desconocidas
ocupa tu mente a las altas horas.

El lomo de un animal marítimo traza un arco fluido
en el lejano fondo de otro cuadro; hay papeles arrugados
en el piso de otro; hay sonidos en el pasillo de otro más.
La pintura ha capturado o promueve un sinfín de cosas
cuya causa de ser no es ninguna. Qué trivialidad del arte.
Como si dijera: restos que te dejan frío, o aleatorias
circunstancias. No dicen nada, nada, los pasos en la noche.

Te bastaba una ciudad coloreada por el guiño de la tormenta.
Ahora intentás pactar. Pero no hay con qué quedarse.
Entregarás un alma que no le sirve a nadie.

12

Es un gran pintor Ezra, dijo el tío, solo
que cuando el pincel está ya sin pintura
no vuelve a la paleta, lo aplica seco,
pincelada tras pincelada, seco como el río
de sus sueños, como la saturnal Castilla
que no era el planeta de sus antepasados.
De manera que no es un cuadro vacío
sino seco, sobre el que pinta todo aquello que brota
en el campo que es fantasma de su memoria, a
veces con secas pinceladas, a veces con el color
vivo de lo que ha sido vivo, ha tenido estatuto y códice.

… y el sistema de cultivo
se parecía a las leyes escritas por las que el hombre
se regía: cortaba las espadañas, cegaba al que no veía,
arrojaba a la zanja el estiércol de la palabra vana.

21

El núcleo proletario, integrado por tejedores
y pequeños burgueses, razas inferiores
de índole industrial y comercial, pacifistas
mujeriles para, digamos, el Kaiser,
también se hizo cargo de las armas
y aprendió a manejarlas virilmente.
Así que cuando Stalin mandó dispararle un tiro
en la nuca a Zinoviev, sus oficiales y suboficiales
tenían un trato austero con las culatas.
Sus ejércitos y tiradores podían plantarse con solvencia
ante las tropas de alemanes y esgrimistas de raza.
Como una estirpe ante otra.

21

Es indiferente que con alegría campesina
los rojos dispararan el «órgano de Stalin».
La cuestión de que un obrero de base
haya diseñado el mejor fusil de las futuras guerras
es también un hecho menor.
Cuando se paraban frente a la mesa de arena
o cuando manejaban el plomo y el abastecimiento
en el terreno de las operaciones,
los generales del Partido eran eficientes y célebres.

23

Los esclavos huían por las estepas acribilladas
con el quizás y la vida, aunque en despojos.
Sintieron el pánico ante los Panzer
y el olor de la sangre.
En un segundo ponían en la balanza
la duda en el triunfo final
y el estar en el hospital canalizados y oyendo
los quejidos de los camaradas
y la voz del comisario político, una certeza.
O muertos, carroña indiferente a la victoria.
Así, retrocedieron, pero no entregaron sus ciudades.
La aldea sí, la égloga, Esenin, el fuego y la piara.
Su origen y sus madres. No el Kremlin.
No las pútridas cañerías de Stalingrado.
Resistieron como ratas, con el culo expuesto a sus generales
y el disparo de los propios que seguía a los desertores.
Avanzaron con el invierno entre cadáveres y trazadoras.
Y entre dientes decían que la huida es vaguedad.
El que escapa de verdad deja su cuerpo
a los cuervos y al juicio del Partido.

24

Durante las noches no fuiste acechado.
Estabas entre la suma restricción de los forzados.
Cada uno de los que dormían en sus departamentos
veía sombras o fuego en sueños o despertaba
mirando sus manos, su cuerpo, como vos,
iluminados por la lamparita tenue, el sudor amarillo.

30

Soy el escriba del Partido y de los documentos desclasificados.
Escuchad los que no han podido hablar.
Con sangre de mongoles, de ucranios y de eslavos suicidas
se alzaron las columnas de humo del triunfo vuestro.
De los campos de la horda salió el acero que permite
la victoria de los burgers, el relativismo y el ocio.
Antes del día D estuvieron los días Z del Frente Oriental.
Allá se amasó en sangre y pantanos nevados este día hueco.
Con un viva Stalin en la boca se iban los muertos.
Habéis visto películas de la sangre y el miedo
pero poco supisteis del Frente Oriental.
Antes que la carnicería del Canal estuvo
los millones de muertos del Frente Oriental.
Honor, camaradas de estiércol,
a los muertos del Frente Oriental.
Cada bocado y risa y zumbido de autopista
se lo debéis a los camaradas del Frente Oriental.

38

Soy el que aprendió gramática
para leer las etiquetas de los frascos.
Yodo, árnica, azogue, benceno.
Un hombre de cincuenta y tantos al sol.
La muerte era nuestra profesión;
la decisión, el libro dócil.

Supieron aquella tradición:
almuerzos en el Almirantazgo,
mensajes de Bombay,
el trazado de la batalla sobre el mantel.
La sobremesa sin migas ni máculas.

Miré en los arrugados rostros de los generales rojos
y la revelación sobrevino y regresó a sus fueros.
Tronó la frontera como una tormenta.
Lejos. Lejos de sus decisiones.
Lejos de los labios tensos y de las medallas.
Y de la helada sintaxis de la pólvora.

Penetró su insistencia la arquitectura de Dios.
Pero no salieron indemnes de allí.

La situación los hizo para sí mismos incomprensibles.
Ganaron la guerra y perdieron las ciudades.
Se cubrió de pústulas el contorno de la conquista.

Autos detenidos frente al Estado Mayor.
Las gaviotas suspendidas sobre el río congelado.
La ordenanza comiendo a hurtadillas el sándwich de paté.

39

Ha perdido la flor de la mirada y su hacienda.
Cholo de ojos ingenuos y chaleco de alpaca
apoyado en su bastón, comprende su desamparo.
La deriva de las cosas lo trajo al barrio.
Mueve entre sus dedos llaves ennegrecidas
«He sido príncipe del carrascal.
Removí tierra y guano, mis cuentas
bancarias alimentan polillas. Llegué
en un Packard azul a las puertas de Lima.
Sonaron cuernos y bailé en la enramada.
Miré mis zapatos amarillos: no obran milagro.
Perplejo en el garaje espero en vano».

De su simpleza sale rodeado de luz untosa, digno.
Pero en momento alguno tuvo un sueño,
un final, un objetivo, un soplo, una trascendencia.

50

Poderoso es el designio. Cada vez que se atisbe la verdad
se multiplicarán los floreros, las candelas, las fiestas,
la relatividad del confort o de las penurias sufridas
por la familia, la estirpe, la raza, el partido.
Atila, en su Porsche, recorre la ciudad que insiste en aniquilarse.
Ha salido indemne de los quejidos del vencido y del
remordimiento.
El estado de eterna destrucción es su certeza. No hay fin.
Nunca morirán del todo los otros, ni él, ni sus cortejos.
Ha leído los signos en el mismo fondo de tormenta,
siglo tras siglo y masacre tras masacre.
Se ha retirado, impotente y colérico, pues
nada en la historia dependió de su poder sangriento.
La máquina hubiese funcionado de todos modos.
El auto se pierde en la niebla ojerosa de la autopista.
Su gesta son escenas de una película mal copiada.
Su rostro decae en el bien escaso, se inflama en la sombra.
Y no es suyo, es el del asesino en el diario, el del tunante,
el del florista o el del héroe circunstancial del balompié.

De «Máquina de faro», 2006

Nota: Flores

Presento las flores en el balcón;
tienen una orgiástica misión privada.
Con habilidad miro las flores
y de ellas el sentimiento
no lograría captar en años
de escritura sinuosa y delgada.
Diría que se han abierto a la lluvia y a los truenos
y mucho de todas maneras se me escapa.
Más allá de las analogías humanas,
y ocupada la mente en llamadas
que haré después,
miro las corolas rojas
desde algo parecido al zen.
Era lo que decías, esperar, con la mirada acá
y la cabeza en un nirvana de ocupaciones varias.

De «Hostias», 2004

Kyrie eléison

Era del sur, donde los abismos sonaban a platería,
que venía aquella serpiente encendida sobre el monte.
Pero más al sur, el de las cuestas ásperas y amarillas;
lejos, más lejos —campos de lava o de yodo,
plumas desprendidas de un sueño inhabitable
de tan vasto y pleno de ozono—,
la vida se parecía a lo que habías dicho, a la promesa
de un infinito en el que las formas no tenían intimidad con nosotros.
¿Qué sustancia era esa, qué sustancia, que te negabas a nombrarla
y que en verdad no hubieses podido nombrar, porque tu reino era
aquél,
el de la absoluta falta de nombre?
Fuimos contra Midgardsormr, la serpiente,
y sabíamos que la prueba mayor de nuestras armas
sería hollar el lugar donde, previste, fallaría tu cálculo.
Pondríamos el pie donde se alzaba la voz sin alfabeto;
en la lava reseca de tu pensamiento difuso,
en el lagar de las vendimias estériles de la locura,
en el vértice de los caminos de tu orgullo,
en el sitio increado.

Fuimos, entre quebradas sulfurosas,
y a través del húmedo país de los muertos,
a revelar, para tu espíritu, tu propio designio.
Porque era nuestra obra para la gloria de Dios.

De «La luz checoslovaca», 2003

Termópilas

Desde este drugstore, y con una gaseosa,
difícil imaginar por qué dejar la piel en un desfiladero:
el mundo era tan ancho y desconocido.
Leónidas, ridiculizado en el vasto territorio del consumo,
se sienta enfrente con su ceño amargo,
fulgor chirle en los ojos,
pide bebida fuerte y mira las palomas.
Problemas, Jerjes aprieta todas las salidas,
la tarjeta de crédito ya no tiene cupo.
Aguantar en nombre de nada,
más difícil que morir por Esparta.

Testamentos apócrifos
Job

Señor has sellado mi boca, mis oídos y mi tacto
pero te rogaría me dejes andar en medias
por mi rústico piso de baldosas,
y me dejes en paz amar la tierra
y las tormentas y los fiambres.
Me has acurrucado en la muerte, señor.
No necesitaba el cielo más tarde.
Amo este planeta que confunde
los sentidos; amo el enorme sueño de la vida.
Pero has entrado en mí y me probaste,
nuestra antigua alianza me impide denunciarte.
En el hueco al que me redujiste, magro,
veo aún el cielo encima de las casas
las plantas que crecen y se secan y los patos.
Entendí mal la letra chica del contrato.
Creí que te bastaba con que adorase
la hora que huye, el soplo en que vivía.
Ahora soy Job, el que te ama.

La luz checoslovaca

Oxidada la artesanía, la calle bajo taciturna luz, la que pelea con su origen;
difusa pero empeñada en que fue más o puede serlo.
Cruje la puerta que se abre lentamente al pasillo con vieja alfombra,
allí donde se produjo la séptima aparición de la Virgen.
La ve, mientras la vecina nonagenaria pasa con la chata
de su centenaria vecina a la que cuida devota, como hermana.
Oh, señor, he creído. Oh, señor creo aún si lo deseas.
¿No es cierto que la intensa circulación y la gula son una misma cosa?
¿No es verdad que los bajos tonos corresponden a los eternos imperios?
Lo dicho: he visto tu rostro en sartenes oscuras en despojadas cocinas.
Y lo he visto bajo el escaso resplandor azulado del supermercado vecinal.
No lo he visto en el shopping, Señor. No lo he visto en el casino.
Señor, por alguna indicación tuya sorprendida en un libro comercial,
he amado los días nublados y el desierto en las palabras.

Pero me condenaste a amar la verde lechuga y la carne fresca,
en tanto miraba a actores de gestos invernales en el Actor´s Studio.
Déjame creer en la letanía de las piedras y en el puchero casi incoloro.
Dulces son el cielo y su vértigo sobre plantas cuyo verdor oscurece.

De «La nada», 2003

II

1- Lux aeterna

Si es de formas transitorias el espíritu, y si del halcón
debiéramos copiar el modo en que, por ejemplo,
se hunde ahora en el ciclo de las tempestades, blanco
plumaje cambiando a ocre, a pardo, a gris, a solferino,
la vista apartemos de la plana roca, del mellado brocal,
de la senda calcinada, del cielo, que es uno y trino,
dobleces que se revelan en corto tiempo, y del abismo
que no cede, del cuerpo cuyo filamento en la noche
incendia el pensamiento hasta la luz incandescente.
¿Qué? ¿Vamos a tientas? ¿No suena a nada el muerto?
No esperen saber. La razón acaba en cada uno. Y no
avanza de uno en otro, sino que reinicia su sistema
al alba, merma al anochecer, se extingue y, en la oscura
madrugada, recompone su cristal ante el insomne.

2- Armas livianas

El Gran Géiser,
fiordos y glaciares; aguas sulfurosas,
ríos blanquecinos, arena gris, carnero ahumado,

dulces sopas.
Edén de las falanges cuando han penetrado su idea,
y con maquinaria de guerra llegado
hasta el portal de su deseo.
De modo que dejar el carmesí de la propia tierra,
el hacha y el ganado, calzar la sandalia,
los arneses, elevar al viento el pulgar,
partir en violación del sistema campestre,
desafiar el estatuto maternal,
llevarse el rocío en el fiero rostro como culpa tenue;
olvidar,
hacer de sí la guerra impersonal,
no tiene otro destino
que descubrir al pie de la parábola
el revés del mismo rostro tallado con cuchillo.

9- Estigma del ángel bien pensante

Hacía ruin el motivo de las planificadas hecatombes:
latido de imbécil juventud enmascarada en una frutera.
Hacía ruin el nombre de los insignes, de los castos
cuya espada llevaba la idea expuesta en sus límites;
ruin a los que, ante Atenas, con carros y bulldozers,
adoraron el espíritu, la gracia cuyas puertas son dos:
ruin, al que vivía en los vastos deltas del terror
y en la roca altiva y rectilínea, ojos en los que

titilaban las antiguas invasiones y barría el simún:
ruin al soldado de amianto y porcelana;
ruin al que había aprendido de sus manos tiznadas
en los vivaques y no en el libro de las sombras;
ruin al que ante Platón expuso el bosque y la planicie;
ruin al que estuvo ungido en los restallantes abismos;
ruin al vencedor del leño y del camastro, al que
desarticulara la trampa del hogar y la acumulación:
ruin al que vio en el foro un gallinero y en el ágora
una reunión de loros; al que amamantó al halcón,
al que llevó los atavíos del reptil, al que se cubrió
de costras de sangre y enarboló la lanza como un nombre.

10- Muerte del César

Esto es por aquello. Y tal vez por aquello silba todavía
entre las tuberías del subsuelo una tempestad difusa.
Sacaron de la historia no al pastor, sino al suicida.
Libraron a su suerte y al pago de su deuda al que saludó
la liberadora furia del maremoto y la del insecto en la ciénaga.
Ahora solo encuentran revelaciones en las noticias
y en las raras sugerencias del vendedor de usados.
Caín, Julio César, Dionisio, Marte, el laurel, el hacha
viven en ese margen donde el crimen se acepta como
una patología del espíritu; la reivindicación altiva del uno
como malsana temperatura de los yerros de la *civis*.

Dispuesta está la civilización, como un plato.
Pueden gozarla o maldecirla, a condición del olvido
de los amaneceres trágicos, del cuero de las armaduras
y de la promesa junto al cadáver del hijo.
A condición de la memoria borrada en toda su extensión,
de la masiva ignorancia de la piedra, el terrón o la capa
que hubiesen defendido como a un reino,
como a la totalidad de las ideas,
como a la enciclopedia en cuyos múltiples signos
se mueve, sutil, nunca del todo visible, azul o sombría,
como la voz de un órgano o el canto de los galeotes,
la vasta comarca de la verdad, sus cruces de caminos,
con los enmascarados que son siempre otros y los mismos,
cuyos ojos brillan como carbones y cuyos pechos
no temen la muerte: son la muerte y el tránsito;
el vado y la corriente; la peste y las víctimas;
la verdad y su torva capucha. Aquellos que se llevaron
lo que quedaba por decir, lo que obliga a callar,
a aceptar como castrados la alegría de la piel y del oro.

11- Lucas 22.53

Ha ido a caminar con los suyos. Con el cuervo gitano
y con la gorda avutarda; con el congrio y el crédulo
y con el taimado, el asesino y el zorro; con los guardias
nocturnos, con los feroces gnomos, con las mujeres

de axilas sudadas, con el vulgar estafador, con el reno.
En cada dintel de la parva civilización clavó su señal,
y en quiénes lo invocan brilla un momento la moneda delusiva,
la conmiseración por el infortunio propio que alza un remedo
de pasión de mártir sobre el fracaso de un intento espurio.
Degeneración del deseo en cálida covacha; en carne y jugo.
Caída ante el irresistible par de los contrarios; Dioscuros
que atraviesan la mente de los súbditos haciéndoles desear
la mullida esclavitud y arrancan gritos de la mínima llaga.
Con el manto de nada, sobre el agua, sobre la línea de resistencia.
sobre el polvo, el desierto o el humo, el horizonte blanco,
camina sin sombra, con ejércitos de rumiantes quijadas,
con batallones de ciegos que miran hacia el monte
al que subirá para decir: «Hay otro, más allá; y luego otro y otro;
la obra no acabará, la obra no termina; cese el ruido, la alabanza».

12- *Roman speaker*

Lo encontrarías en el huerto y le preguntarías por tus denarios.
Con voz contrita lo interrogarías por el devenir del hogar, la
suerte de los críos, el pretor y el edil, la leche de cabra y el sofisma.
¡Ah, miserable que agudiza el aura de la nada! Lo colgamos
a tu vista porque no lo mereces. El vértigo, no la futilidad,
es lo que no resistes. Retrocedes ante el arroyo y el cañón,
temes el papel que se alza en el viento

porque allí puede estar escrita tu sentencia.
Has levantado templos, minaretes, oráculos y criptas
para olvidar la creación, no para atravesarla con santo estoicismo.
¿Para qué las Galias? ¿Para mejorar los abastecimientos?
¿Para qué Bizancio o la corona del germano?
Te espanta el oscuro fogón, el silencio de la vajilla,
el manto del héroe si no está sembrado de migajas;
temes la escasez de aceite como a un abismo.

13- *Roman speaker*

Bien, frente al mar, mirando las chozas, alzando el palo recio
con que partirías la frente de un buey, por un solo instante
comprendiste el hormigueo del volcán. Es todo, todo, nada
más que eso, lo que la vida te ofrece para que calle en tu tumba.

De «Las Vegas», 2000

Boardwalk Casino

Las fantasías y los recuerdos
son, dice, la misma cosa.
¿Dirías que son materia?
¿Son materia los efectos eléctricos?
¿Es materia la luz tamizada
de un día sin sol en un departamento?
Si se pudiera sostener por varios segundos
ante la vista la estructura de la mente,
si con ella se pudiera hacer una foto
como de una montaña rusa iluminada,
sostenida a su vez por marquesinas
como guardas de resplandor amarillo,
qué cierto y rústico sería el desierto,
qué verdad la conquista de un proyecto,
qué real vos y los que pasan y hablan.

Flamingo Hilton

Elevadas las rosas, secas las paredes.
Los pasos apurados por las habitaciones.
El celofán guardado en los placares.
Ahora, como si patearas masas de cables viejos en la calle,
exigirías respuestas
a los problemas manufacturados
con que te engañaste
a lo largo de muchos años.
Banalidad en la historia íntima
de cada casa actual
Y de todas las casas ya desaparecidas:
los regalos, las enfermedades, las cenas, los patios, las cortinas.
Las rosas son elevadas,
las paredes son secas
—mueren después,
duran años con sus manchas,
pero no tienen el color de la rosa
y su enervante delicadeza—.
Rosas o flamencos en las grandes mañanas
señalan un itinerario
en el que nadie se confunde.
Esto es rojo, aquello es rosa,
la materia es tenue.

La Concha Motel

Tu pensamiento es una dinastía destruida
de la que escapás con elegancia aceptable.
Tocaste la ágil guitarra de alguna filosofía
mientras no habías descubierto
su tara hereditaria.
Fuiste sabio mirando paredes
pintadas de rojo o verde bajo la extraña
latitud de unas lámparas de mostrador.
Amás la desierta certeza de un clima,
la decoración en la amplitud,
los vientos que golpean el cemento
y las cañerías, las antenas

Caesars Palace

Redoble de platillos
y un metrónomo en el paisaje.
No hay vida natural tras las ventanas.
Como si todo hubiese sido levantado
por gitanos del espacio
que no conocieron el fuego;
cuyas manos hubiesen estado entrenadas
por siglos
en el manejo de rayos, en la fabricación
industrial de cosmos.

Whale´s Blow

A causa de la gente amontonada en la barra,
no podía ver a los músicos,
hasta que de pronto sorprendí la imagen
del trompetista sobre el vidrio de un cuadro
colocado de manera lateral
y vi la trompeta anaranjada a causa de la
mezcla de luces
que comenzó a brillar cada vez más como si
hubiese estado hecha
de cobre en fundición.

Asistí a este espectáculo preparado por los
dioses solo para mí
estrujando la caja de cigarrillos vacía, el pie
sobre un charco de algo,
dolor en las cervicales.

La firmeza de la soledad en los manubrios

No necesito los anchos campos para oír la soledad poblada
—oír o ver, oler o palpar, un sentido debe dar cuenta de esto—.
Estás parada ahí,
tras un sillón, en un estrecho espacio, de espaldas a una ventana
de vidrios esmerilados. Recuerdo
y el recuerdo hace tu sombra más amable.
La diafanidad de los campos y los espectros tienen un raro vínculo.



Colección
Lima Lee

